

La escasez del dinero primero tiene sus efectos en las clases trabajadoras. Por causa de esto ellos son inquietos, y las dificultades del trabajo, acompañadas de demostraciones, huelgas, y la violencia del populacho, en su turno causan á los capitalistas á desconfiar en el negocio, y los hacen encerrar sus millones de pesos en cajas fuertes mientras los pobres mueren de hambre.

Cuán espantosas son las palabras del profeta, cuando vió en visión la angustia de aquellos que por su propia avaricia han traído tales condiciones sobre el mundo:—

“Arrojarán su plata por las calles, y su oro lejos; su plata, ni su oro, no los podrá librar en el día del furor de Jehová: no hartarán su alma, ni henchirán sus entrañas; porque será caída por su maldad.” Ezequiel 7: 19.



“HE aquí, el jornal de los obreros que han segado vuestras tierras (el cual por engaño no les ha sido pagado de vosotros), clama; y los clamores de los que habían segado han entrado en el oído del Señor de los ejércitos.”

Santiago 5:4.

LA denuncia arriba se refiere á los últimos días de la historia del mundo, el tiempo en que vivimos ahora. El versículo anterior dice, “Habéis allegado tesoro para en los postreros días.”

Estos textos expresan la verdad, de una manera cierta, que los que han “allegado tesoro”—los que han acumulado las fortunas colosales que vemos en la actualidad—lo han hecho por fraude, y la opresión de los pobres.

Como la prosperidad viene originalmente de la tierra, el apóstol usa el trabajo del obrero que siega los productos del suelo, como el tipo de todos los trabajadores, que por sus esfuerzos añaden algo á la prosperidad del mundo.

No tenemos más que mirar en nuestro derredor para ver el cumplimiento exacto de estos textos por dondequiera. No es necesario para el estudiante de la profecía

[241]

buscar más á fin de comprobar que ya estamos en los "postreros días." Nunca en la historia del mundo había tantas acumulaciones de grandes fortunas por hombres ricos, corporaciones, sindicatos, y "trusts" como en lo actual. Y nunca en medio de tanta abundancia, hubo tantos sufrimientos entre los pobres.

Bien dice el Rev. H. W. Bowman, en su obra "War between Capital and Labor,"—Guerra entre el Capital y la Labor—"Tales fortunas colosales, tales acumula-



H. W. BOWMAN.
Autor de "La Guerra entre el
Capital y la Labor."

ciones de tesoros, tales combinaciones de la propiedad, y tal rápido aumento de la pobreza, nunca fué visto antes. Nuestra época conviene al molde profético."

No es un crimen acumular propiedad; pero cuando esta propiedad se adquiere por medio de la opresión, por oprimir á los desgraciados,—los que son en realidad los productores,—entonces "los clamores de ellos" son oídos "del Señor de los ejércitos," y un día tomará él una retribución terrible de la mano del opresor.

No somos nosotros de los que gritan por una nivelación de las riquezas del mundo. El que tiene la capacidad de instituir, y el capital de quien lleva una empresa por delante, es intitulado á una justa remuneración por sus esfuerzos. Pero el obrero que proporciona su brazo y su músculo y la pericia necesaria para llevar á cabo los designios de otro, es igualmente intitulado á la justa remuneración para lo que él ha contribuído á dicha em-

presa. Si este principio—el principio abogado por la Pálabra de Dios—fuera cumplido en los asuntos entre los hombres, serían menos grandes las fortunas, y la pobreza, la privación, y el sufrimiento entre los trabajadores de la tierra no se conocerían más.

Como un ejemplo que viene al punto se pueden mencionar dos fábricas de algodón que en el año 1880 pagaron á los accionistas un dividendo de veintiun por ciento, más de la quinta parte de todo el capital invertido, mientras los obreros fueron pagados noventa centavos diarios. Una compañía prominente de la fabricación de lienzo, mientras pagaron el mismo jornal citado arriba, en un año declaró un dividendo de ochenta por ciento, ó cuatro quintos del capital invertido

Es contra tales opresiones que el apóstol Santiago da la denuncia que el jornal de los obreros "no les ha sido pagado de vosotros por engaño." Por ninguna posibilidad pueden tales dividendos ser pagados con derecho, mientras los obreros, que han sido un elemento poderoso en su producción, son oprimidos hasta lo último, teniendo solamente lo necesario para sostener una vida miserable.

El libro intitulado, "The Money Question," el Problema del Dinero, contiene las palabras siguientes:—

Millares de hombres son forzados á trabajar por un sueldo tan bajo como cincuenta centavos diarios y á mantener sus familias. Un peso es el precio medio dado á los obreros en el Este, mientras los dueños ganan centenares de pesos. Hace pocos años una corporación redujo los sueldos de los obreros ordinarios de \$1.50 á

\$1.25, mientras su presidente recibió \$75,000 anualmente sin ninguna reducción. En Massachusetts una casa grande manufacturera redujo los sueldos de la clase más grande de sus operarios de noventa centavos á sesenta y cinco diarios, mientras el agente general recibió \$83. cada día también sin reducción.

El doctor H. W. Bowman, en su libro, "The Money Questión," el Problema del Dinero, dice: "La queja principal de las clases trabajadores de hoy es la desigualdad de la distribución de las propiedades, cada peso de que es la producción de labor, sea mental ó muscular. Las clases productoras no reciben el justo equivalente de su trabajo. Ellos siegan los campos de los especuladores; construyen los ferrocarriles por los capitalistas; operan las fábricas por las corporaciones; minan por los monopolistas; y sólo ganan suficiente para vivir, mientras sus empleadores acumulan fortunas de príncipes de su trabajo.

La tendencia de la época es hacer del obrero una máquina, y olvidar que es hombre. En algunas fábricas el director consideraría como cosa degradante el hablar con sus empleados. Estos hombres, meras máquinas, que tienen sus puestos mientras son de provecho, son despedidos á la caridad del mundo en su vejez, y entonces tendrán que mendigar ó ir á un asilo para concluir su existencia miserable. Si el obrero recibiese lo que es justo por su trabajo, podría pasar su vejez cómodamente y á sus anchuras. El obrero ambicioso no mira con agradecimiento el fin que las condiciones del presente le ofrece, y como resultado tenemos huelgas frecuentes, clausuras de fábricas, y tumultos por parte de

los trabajadores en todas partes del mundo civilizado. Todos estos revelan el hecho de que la cuestión del sueldo pagado por los capitalistas es la causa principal de las dificultades entre ellos y sus empleados. Aquí está el conflicto, y nunca se puede suprimirlo mientras las circunstancias actuales permanezcan como están hoy día.

El profesor Cairnes puso la materia en casi las mismas palabras hace algunos años: "Un crecimiento constante del capital de la nación, con casi igual disminución en la proporción del capital que va al sostén de la labor productora." Como consecuencia dice que el resultado es "una separación ruda de las clases combinada con las desigualdades notables en la distribución de la prosperidad, que la mayoría del pueblo admitirá es uno de los elementos principales de nuestra inestabilidad social."

El doctor Bowman dice: "Por dondequiera hallamos el capital y la labor en orden de batalla el uno contra el otro. Mientras las casas de comercio y las fábricas aparentemente adelantan como antes, hay de vez en cuando un levantamiento entre los obreros. No se puede negar el hecho de que la labor se organiza más completamente cada día. Lo mismo sucede con el capital, y la lucha que resulta es más intensa cada año. Los capitalistas, con el fin de satisfacer una avaricia egoísta y poner al trabajador en condicion desventajosa, fueron los primeros en organizarse, y los obreros tenían que organizarse también para su protección mutua, primero, pero más tarde por desquite. Ambas partes se organizan por propósitos egoístas—esto es, para ganar una ventaja sobre la otra. Los obreros declaran que son de-

fraudados de una proporción justa del incremento de la propiedad. Dicen que, mientras los capitalistas acumulan riquezas vastas, ellos son reducidos á la necesidad y casi á la muerte de hambre. Denuncian la injusticia del sistema de sueldos, y demandan una porción justa de las ganancias.

Si los operarios fueran pagados en justa proporción de lo que ellos producen, habría abundancia en sus hogares. Si esto fuere así, habría dinero suficiente, y el grito de "tiempos duros" en todas las ramas de la industria y el comercio no se oiría más. No hay falta en la tierra de las provisiones buenas de Dios para proporcionar la comodidad á todos.

Demasiada producción en el campo y en las fábricas es la queja, y no obstante, multitudes llenan las ciudades pidiendo pan. No hay producción en demasía, pero el con qué para comprar ha pasado de las manos de las masas á los pocos que han tomado para sí mismos la prosperidad de la nación.

En respuesta al grito de "tiempos duros," lo siguiente fué publicado en el "Examiner," de San Francisco, California: "¿Cómo está la condición del país? Tenemos tanto de comer que los hacendados se quejan que no pueden vender en ningún precio. Tenemos tanto de vestiduras que las fábricas de algodón y de lana están clausurando sus puertas porque no hay ninguno para comprar sus productos. Tenemos tanto carbón de piedra que los ferrocarriles que lo llevan están pasando á interventores. Tenemos tantas casas que los edificadores no tienen lo que hacer.

"Todas las necesidades y las comodidades de la vida son tan abundantes como jamás hemos visto en los años de la más grande prosperidad de nuestra historia. ¿Cuándo el país tiene bastante de comer, de vestidos, de combustible, y de abrigo para todo el mundo, por qué son los 'tiempos duros'? Evidentemente la naturaleza no tiene la culpa. ¿Quién es el responsable?"

Al fin de la guerra civil en los Estados Unidos, el presidente Lincoln dijo: "Viene un tiempo que me alarma y me desmaya, cuando todas las riquezas estarán en manos de pocos. Tengo más ansiedad por mi país ahora que durante la guerra."



Abraham Lincoln.

El señor Henry George, en "Progress and Poverty," El Progreso y La Pobreza, dice:—

"Desagradable como sea por admitirlo, al fin llega á ser evidente que el crecimiento enorme para producir que ha marcado el siglo presente, y todavía pasa por delante con rapidez siempre acelerada, no ha tenido influjo para extirpar la pobreza, ó para disminuír las cargas de los que son obligados á trabajar. Simplemente ensancha el golfo entre Dives y Lázaro, y hace la lucha por la existencia más intensa. La marcha de la invención ha investido la humanidad con poderes de los cuales hace un sólo siglo la imaginación más atrevida no pudiese haber soñado. Pero en las fábricas donde las

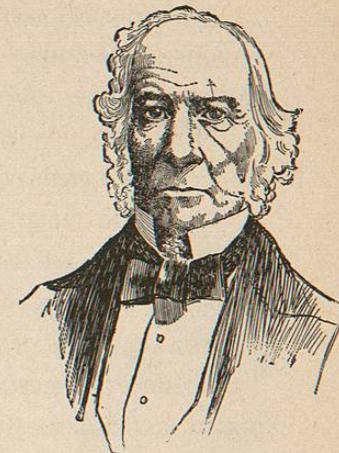
máquinas que reducen el trabajo manual han alcanzado su desarrollo más admirable, niños pequeños trabajan; cuando las fuerzas de nuevas maquinarias son utilizadas más completamente, grandes números son mantenidos por la caridad, ó viven en la orilla de ella. . . . En los Estados Unidos es claro que la suciedad y la miseria, y los vicios y los crimines que resultan de ellas, aumentan por dondequiera cuando la población crece á la ciudad, y la marcha del desarrollo trae las ventajas de los métodos mejorados de la producción y del comercio. Es en las porciones más viejas y más ricas de la Unión que el pauperismo y el sufrimiento entre las clases trabajadoras llegan á ser más aparentes.”

Cuando Abraham Lincoln habló las palabras citadas arriba las fortunas colosales de hoy día eran desconocidas, porque había pocos millonarios en los Estados Unidos. ¡Pero cómo han crecido durante los cuarenta años recién pasados! Lo que sigue, sacado de el “Globe” de Boston, Diciembre de 1890, es muy á propósito: “Hombres que ahora viven pueden recordar cuando no había una media docena de millonarios en el país. Ahora hay cuatro mil seiscientos millonarios, y varios otros cuyos ingresos se dice que son de más de un millón anualmente.”

Verdaderamente dijo el señor Gladstone: “Hay caballeros delante de mí quienes han presenciado una acumulación de riquezas más grande dentro del período de sus vidas que ha sido vista en todas los tiempos anteriores desde los días de Julio César.”

Hay varios capitalistas en los Estados Unidos que

poseen desde cien millones hasta ciento y cincuenta millones de pesos de oro. Tales sumas tan vastas se pueden comprender con mucha dificultad. Por ejemplo, cien hombres que ganan mil pesos al año, necesitarían trabajar mil quinientos años para ganar lo que tiene uno de estos más ricos. Necesitaría un tren de dieciséis carros para llevar tanto oro, cada carro cargado de diez toneladas.



W. E. Gladstone.

La tabla en esta página muestra claramente donde están las riquezas en los Estados Unidos.

Pero mientras la prosperidad ha aumentado rápidamente, ha pasado á las manos de muy pocos; la propiedad también ha pasado de las manos de las masas. Sobre este punto el “Young Men’s Era” contiene lo que sigue:—

“Cuando Egipto cayó, dos por ciento de su población tenía toda su propiedad. Las masas morían de hambre.

“Cuando Babilonia cayó, dos por ciento de su población fueron poseionados de todos sus recursos.

ESTADISTICAS QUE ESPANTAN.

200	personas	de las	cuales	cada	una	tiene	\$20,000,000
400	“	“	“	“	“	“	10,000,000
1000	“	“	“	“	“	“	5,000,000
2000	“	“	“	“	“	“	2,500,000
6000	“	“	“	“	“	“	1,000,000

“Cuando Persia cayó, un por ciento de su población fué dueño de todo su terreno.

“Cuando Roma cayó, dieciocho personas poseyeron todo el mundo conocido entonces.

“Durante los veinte años recién pasados los Estados Unidos han seguido rápidamente los pasos de estas naciones antiguas. Aquí tenemos las cifras:—

“En 1850, los capitalistas tenían treinta y siete y un medio por ciento de la propiedad de la nación.

“En 1870 tenían sesenta y tres por ciento.

“En 1890 las estadísticas mostraron que dos por ciento de la población eran dueños de siete décimos de todas las riquezas de la nación.”

Chauncey Depew dice que “cincuenta hombres dominan las finanzas de este país y dictan su legislación.”

Pero tal condición no es peculiar á este país.

“En Inglaterra, en 1887, una décima-tercera parte de su pueblo se posesionó de dos terceras partes de las riquezas de la nación.

“Setenta personas son dueños de la mitad de Escocia.”

“Menos de ochocientas personas son dueñas de la mitad de Irlanda.”

De cierto las palabras del apóstol ya están cumpliéndose en la tierra: “Habéis allegado tesoro para en los postreros días.” Santiago 5:3.

El profesor Cairnes, en su “Political Economy,” dice: “Los ricos han de crecer más rico, y los pobres al menos más pobre relativamente.”

H. W. Bowman, en “War between Capital and Labor,”—Guerra entre el Capital y la Labor,—dice: “Mirad al mundo entero, y hallaréis que los andrajos y la miseria, las riquezas y los placeres, marcan las dos clases, que están separándose más y más de continuo.”

El “Globe” de Boston dice: “En Nueva York el jornal de las mujeres que cosen es cincuenta centavos por quince horas de trabajo, y no obstante hay quienes que se maravillan de la inquietud y la falta de satisfacción entre los que ganan sueldo. Hay ciento cincuenta mil mujeres y niñas en Nueva York y Brooklyn quienes trabajan de doce á catorce horas por cincuenta centavos.”

Un escritor dice: “¿Cuando hombres ricos y monopolios grandes pagan jornales que no sostienen la vida, qué es esto sino la riqueza que se alimenta de la pobreza?”

Lo que sigue es de la pluma de Frances E. Willard, en “Nineteenth Century Civilization:” “El cristiano no puede acusar al pagano. El homicidio de su civilización es más lento; su método es más fino. Sus horrores están templados á los nervios sensitivos de una generación cuyos labios son suavizados por la profesión de las doctrinas del humilde Nazareno; pero debajò de este disfraz de una ciencia que llama á sí misma la competencia industrial, yace una barbaridad más pagana, una estupidez que es infinita.



Miss Frances E. Willard.